

**ESPACIO PROPIO, ESPACIO PÚBLICO.
LA SOCIABILIDAD CARLISTA EN LA ESPAÑA
DE FINES DEL SIGLO XIX Y PRINCIPIOS DEL SIGLO XX ¹**

Jordi Canal (EHES, París)

En la última década del siglo XIX y la primera del siglo XX tuvieron lugar en España, aunque de forma desigual en sus diferentes territorios, un conjunto de cambios y evoluciones que transformaron irreversiblemente las formas de la política. La relativa estabilidad de la Restauración -tras décadas de continuos sobresaltos motivados por un largo ciclo de guerras civiles y pronunciamientos-, así como la introducción de las leyes de asociaciones (1887) y del sufragio universal (1890), facilitaron un acceso amplio de las masas a la política. Los partidos renovaron consecuentemente sus estructuras. La modernización de la forma-partido en España tuvo lugar, como en otros países europeos, desde la periferia del sistema político². No fue impulsada, lógicamente, ni por conservadores ni por liberales -los dos partidos de notables que se repartían el poder desde 1875-, sino por los grupos políticos situados en los márgenes derecho e izquierdo del sistema, ya fuesen los carlistas o los republicanos y socialistas, sin olvidar a los núcleos nacionalistas que emergieron en Cataluña y en el País Vasco en estos años. La modernización se produjo especialmente en el ámbito de las sociabilidades políticas. La necesidad de encuadrar, coordinar y cohesionar a los propios seguidores para afrontar con éxito los nuevos retos del juego político conllevó el desarrollo de los círculos -como núcleos directivos y de sociabilidad extensa, así como de oferta de servicios-, pero también el de otras formas de movilización e identificación,

¹ Una primera versión de este texto fue publicado en Isidro SÁNCHEZ SÁNCHEZ-Rafael VILLENA-GEAS, eds., *Sociabilidad fin de siglo. Espacios asociativos en torno a 1898*, Ciudad Real, Universidad de Castilla-La Mancha, 1999, pp. 125-149; y, después de una revisión, en Jordi CANAL, *Banderas blancas, boinas rojas. Una historia política del carlismo*, Madrid, Marcial Pons, 2006, capítulo IV.

² Cf. Gaetano QUAGLIARIELLO, ed., *Il partito politico nella Belle Époque. Il dibattito sulla forma-partito in Italia tra '800 e '900*, Milán, Giuffrè, 1990. Maurizio RIDOLFI, *Interessi e passioni. Storia dei partiti politici italiani tra l'Europa e il Mediterraneo*, Milán, Bruno Mondadori, 1999.

tales como los banquetes, las concentraciones en espacios abiertos, las manifestaciones o los mítines. Ni los círculos ni las otras fórmulas aplicadas en la etapa de entre siglos constituían verdaderas novedades, ya que habían sido ensayadas anteriormente, en especial durante el Sexenio Democrático. Las peculiares condiciones de las etapas precedentes, sin embargo, sobre todo por lo que se refiere a su permanente estado de agitación e inestabilidad, frustraron su normal desarrollo. No sería, pues, hasta los últimos años del siglo XIX cuando alcanzarían grados de transformación notables.

El carlismo y la modernización de la forma-partido en España

Entre los grupos que ensayaron fórmulas nuevas para hacer frente a los nuevos retos de la política -adaptación ante nuevas realidades, éste es el sentido que otorgo al concepto “modernización”- destacó el carlismo, una agrupación situada en el flanco derecho del sistema restauracionista y casi único superviviente de los movimientos contrarrevolucionarios aparecidos en Europa occidental en el paso del Antiguo régimen a la sociedad liberal. Si bien las innovaciones introducidas por socialistas, republicanos o nacionalistas han sido puestas de relieve por la historiografía española, en cambio ésta no ha tenido en consideración, en general, la posibilidad que los procesos de renovación política procedieran de fuerzas supuestamente “arcaicas” o “reaccionarias”, ya que eran inexorablemente atribuidos a fuerzas “nuevas” o “progresistas”. Una observación de esta naturaleza no significa un cambio de protagonistas en el proceso de modernización de las formas políticas en España, sino solamente poner de relieve su complejidad y carácter multidireccional. En 1896, momento álgido de la renovación del carlismo, el diario posibilista *El Globo* lanzaba una advertencia dirigida a liberales, demócratas y republicanos sobre la singularidad del carlismo en el panorama político español, que lo convertía en temible y admirable al mismo tiempo. Se trataba, según este periódico madrileño, de una organización

poderosa y completa, que ningún otro partido político español poseía en aquellos momentos³. En un sentido parecido se expresaba en 1900 el representante del Vaticano en España, Aristide Rinaldini, en correspondencia con el Secretario de Estado Mariano Rampolla, cuando afirmaba que la organización del carlismo en los años noventa “era perfetta, como nessun altro partito l'ha in Spagna”⁴. En este artículo se analiza este intento de transformación política emprendido por el carlismo en la etapa de entre siglos, atendiendo en especial a la evolución de los espacios de sociabilidad y tomando como base principal de observación la España mediterránea (Cataluña y el País Valenciano), en donde este proceso alcanzó un más completo desarrollo, paralelo al de otras formaciones políticas en lucha por masas y espacios coincidentes.

A lo largo del siglo XIX se asistió al proceso de aparición del carlismo, a su conversión en una opción “de poder” frente a otra opción “en el poder”, a su crisis y, finalmente, a su transformación en un movimiento-partido enzarzado en la lucha por un espacio político propio en el marco del afianzado sistema liberal-capitalista español. El carlismo actuó durante todo el siglo XIX y pervive todavía en la actualidad; constituye, sin duda alguna, la excepción entre los legitimismos europeos decimonónicos. La etapa delimitada por los años 1833 y 1876, que coinciden el primero con la muerte del rey Fernando VII y los inicios de la revolución liberal en España y el segundo con una nueva derrota de los carlistas en los campos de batalla al poco tiempo de haber sido nuevamente restaurada la monarquía borbónica en el trono español, constituye la de mayor presencia e importancia del carlismo en España. En estos años se sucedieron intentos insurreccionales y un total de tres guerras, dos de ellas plenamente definibles como guerras civiles: la Primera guerra carlista o guerra de los Siete Años (1833-1840) y la Segunda guerra carlista (1872-1876). La derrota de 1876 significó el final del carlismo bélico, si descontamos el intento aislado y fracasado de octubre de 1900 -conocido como la *Octubrada*- y la destacable

³ “El carlismo”, *El Globo* (Madrid), 13 enero 1896, p. 1.

⁴ Archivo Segreto Vaticano (Roma), SS 249 (1900), fasc. 1, Nuncio Apostólico en Madrid a Secretario de Estado del

participación carlista en el bando sublevado en 1936 contra la Segunda República⁵. En el año 1876 quebró la última amalgama contrarrevolucionaria impulsada por el carlismo, que tras unos primeros ensayos de lucha política en los años 1869-1871, terminó optando en 1872 por la vía militar. En los primeros años de la Restauración, una vez finalizada la contienda, el carlismo sufrió una importante crisis, que puede ser considerada en cierta forma como la materialización hispánica de la crisis de los legitimismos europeos. A diferencia de los legitimismos portugués, francés y napolitano, sin embargo, consiguió superarla. El precio fue el abandono de su posición de alternativa global al sistema liberal español para convertirse en un grupo más entre los que luchaban políticamente dentro de este sistema, aunque fuese pensando siempre en su cada vez más lejana destrucción.

La crisis del carlismo posbélico alcanzó su máximo nivel en 1888 cuando se separaron del partido los sectores más intransigentes, disconformes con los intentos modernizadores de las estructuras partidistas como vía de superación de los problemas y, asimismo, perdedores en el pulso por el poder que tuvo lugar en el seno del carlismo español a mediados de los años ochenta. Con la escisión de los integristas se enterraba definitivamente la amalgama contrarrevolucionaria liderada por el carlismo durante el Sexenio Democrático⁶. A partir de 1888-1889 los carlistas pudieron retomar, bajo la dirección del marqués de Cerralbo -representante en España del pretendiente Carlos VII, exiliado en el palacio Loredán de Venecia-, el replanteamiento que habían emprendido de forma tímida y con oposición interna en los años precedentes. El año 1889, XIII centenario de la Unidad Católica en España -una auténtica contra-celebración del primer centenario de la Revolución francesa-, constituyó el punto de arranque de la renovación estructural

Vaticano (Madrid, 20 noviembre 1900), f. 75.

⁵ Cf. Jordi CANAL, “Guerra civil y contrarrevolución en la Europa del sur en el siglo XIX: reflexiones a partir del caso español”, *Ayer*, 55, 2004, pp. 37-60, y el capítulo I de Jordi CANAL, *Banderas blancas, boinas rojas. Una historia política del carlismo*, Madrid, Marcial Pons, 2006.

⁶ Cf. Jordi CANAL, *Banderas blancas, boinas rojas...*, capítulo III.

carlista⁷. Este proceso de reorganización y reorientación estaba íntimamente relacionado con las modificaciones introducidas en España en las reglas del juego político durante la regencia de María Cristina de Austria (1885-1902). Se trataba de convertir nuevamente el carlismo en una opción competitiva -en este caso, políticamente competitiva, no ya a través de las guerras-, reacomodada a nuevos tiempos y circunstancias. Para conseguirlo se introdujeron cambios en una doble línea. Primeramente, en el nivel de las actitudes y estrategias: política de atracción, abandono del retraining electoral, renovación de algunos aspectos del ideario -concretado en el Acta de Loredán (1897)-, parcial renuncia a la vía armada e intensificación de la propaganda. La propaganda, que debía hacerse en todas partes y con todos los medios posibles, concentró un gran número de energías, hasta el punto que un publicista leridano la definió como el “arma poderosa del carlismo”⁸.

La segunda línea consistía en dotar el partido de una estructura política sólida e idónea. Una estructura que ubicaba en un lugar destacado a la prensa, con funciones tanto propagandísticas como estimuladoras de cohesión y complementarias del resto de los organismos del partido, desde las juntas hasta los círculos tradicionalistas. En 1896, un total de 33 periódicos carlistas, entre diarios, semanarios y revistas, veían la luz en España, de entre los cuales un tercio lo hacía en Cataluña. Barcelona fue a lo largo del siglo XIX el principal centro editor de prensa carlista, junto con Madrid y Valencia. En la cima de la estructura del partido encontramos al pretendiente Carlos VII que, junto con su secretariado particular, permanecía en el exilio. Su delegado o representante era la máxima autoridad en el interior, disfrutando de amplios poderes. Bajo su tutela se extendían las juntas regionales, provinciales, de distrito, locales y, a partir de la segunda mitad de la década de los noventa, también las juntas de barrio y auxiliares. En total, en 1896 funcionaban 2462

⁷ Cf. Jordi CANAL, “Recaredo contra la Revolución: el carlismo y la conmemoración del “XIII Centenario de la Unidad Católica” (1889)”, en Carolyn P. BOYD, ed., *Religión y política en la España contemporánea*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007, pp. 249-269.

⁸ Manuel ROGER DE LLÚRIA, “Necesidad de la propaganda”, *Biblioteca Popular Carlista* (Barcelona), XI, mayo

juntas, especialmente concentradas en Cataluña y el País Valenciano, así como en el País Vasco, Navarra, Madrid y Aragón. Las juntas tradicionalistas, que habían servido ya para organizar el carlismo de la etapa del Sexenio, aunque sin el grado de desarrollo finisecular, desempeñaban diversas funciones: la coordinación y propaganda en un territorio concreto, la organización de actos y celebraciones y, sobre todo, la preparación y coordinación de los trabajos electorales. La organización juntista estaba fuertemente centralizada y jerarquizada, siendo los niveles superiores los que escogían y decidían la procedencia o no de las decisiones y actuaciones de los inferiores. La base del partido, sin embargo, estaba encuadrada en los círculos tradicionalistas y en unas entidades anejas a estos surgidas en torno a 1895, las juventudes tradicionalistas. Por esta razón, estos lugares de sociabilidad política recibieron una atención preferente, convirtiéndose en la pieza clave de la renovación del carlismo a fines del siglo XIX. Es decir, el núcleo central de la particular modernización que de la forma-partido emprendió en aquellos momentos esta formación política⁹.

Los círculos, lugares de sociabilidad carlista

Los círculos tradicionalistas constituyeron el principal logro del carlismo fin-de-siglo. En un discurso pronunciado en 1890 en Barcelona el marqués de Cerralbo los caracterizó como la voz y el corazón del carlismo¹⁰. En los círculos, escribía por otro lado el jefe del carlismo catalán Luis M. de Llauder, se hallaba en aquellos momentos “concentrada una parte de nuestra vida; ellos reúnen fuerzas nuestras importantísimas, y pueden llegar a ejercer una acción político-social, y religiosa sobre todo”¹¹. Estos organismos se convirtieron en el punto de referencia ineludible de

1896, p. 10. Cf. Jordi CANAL, *Banderas blancas, boinas rojas...*, capítulo V.

⁹ Cf. Jordi CANAL, “Sociabilidades políticas en la España de la Restauración: el carlismo y los círculos tradicionalistas (1888-1900)”, *Historia Social*, 15, 1993, pp. 29-47, y, del mismo autor, *El carlisme català dins l'Espanya de la Restauració. Un assaig de modernització política (1888-1900)*, Vic, Eumo Editorial, 1998.

¹⁰ “Los Marqueses de Cerralbo a los Círculos Tradicionalistas de Cataluña”, *Correo Catalán* (Barcelona), 7 abril 1890, p. 10.

¹¹ L[uis] M. de LL[AUDER], “Desde Venecia”, *Correo Catalán* (Barcelona), 12 agosto 1894, p. 7.

los principales líderes carlistas en sus discursos, ya fuese con motivo de inauguraciones, veladas literarias y políticas o banquetes, así como de los periodistas y propagandistas al servicio del partido. Los círculos conformaron la base de la reestructuración carlista de los últimos años del Ochocientos, que retomaba algunos aspectos parcialmente ensayados durante la agitada etapa del Sexenio Democrático, antes que el carlismo tomase las armas y desencadenase una nueva guerra civil. Eran, al fin y al cabo, una respuesta política ante las inexorables transformaciones que se estaban produciendo en la sociedad española de las primeras décadas de la Restauración. Manuel Polo y Peyrolón, uno de los principales dirigentes carlistas valencianos, pronunció en mayo de 1896 un discurso centrado en la naturaleza y funciones de los círculos, que constituye el principal texto que se les dedicó contemporáneamente. En él, Polo y Peyrolón destacaba el hecho que se tratase de entidades que respondían a la perfección “a las exigencias de los tiempos y a las necesidades sociales y políticas de la moderna nación española”¹². Sustentando el ensayo carlista de adecuación a una sociedad transformada hallamos la firme voluntad -como mínimo de un amplio espectro de la dirección del partido- de convertir al carlismo en una opción competitiva, en lo que constituía una evidente estrategia de calculado posibilismo. Aunque los medios no fuesen totalmente del agrado de los carlistas -ni las elecciones ni los círculos recreativos lo eran, por sólo poner un par de ejemplos- era necesario combatir al enemigo, como aseguraba el propio Polo y Peyrolón, con sus mismas armas y en el terreno en donde sea que la lucha se plantease¹³. Aquí se encuentra la base del intento de modernización política del carlismo finisecular.

A principios de 1896 existían un total de 307 círculos tradicionalistas en España, el triple que cuatro años antes, en 1892. El crecimiento resulta muy destacable. Si la cantidad de 1896 se desglosase por provincias nos aparecería con nitidez la geografía de la implantación del carlismo en España. Barcelona y Valencia constituían las provincias que contaban con más círculos: 46 y

¹² Manuel POLO Y PEYROLÓN, “Los Círculos carlistas”, *Biblioteca Popular Carlista* (Barcelona), XII, junio 1896, pp. 80-81. Cf. Jordi CANAL, *El carlisme català...*, pp. 183-185.

45, respectivamente, o sea casi una tercera parte del total español. Cataluña y el País Valenciano, junto con el País Vasco y Navarra, además de Aragón, dibujaban el área de implantación carlista, en este momento como en todo el siglo XIX. Sin embargo, Cataluña y Valencia sobresalían en cuanto a la implantación de estas fórmulas de sociabilidad política que fueron los círculos. En 1896, uno de cada tres círculos se encontraba en Cataluña (46 en la provincia de Barcelona, como ya hemos visto, 27 en la de Tarragona, 17 en la de Lérida y 10 en la de Gerona), mientras que uno de cada cuatro funcionaba en el País Valenciano (45 en la provincia de Valencia, 18 en la de Alicante y 16 en la de Castellón). El área mediterránea sobresalía en este terreno frente a los territorios por excelencia del carlismo, el País Vasco y Navarra, que solamente contaban con uno de cada seis círculos del total de los existentes en 1896¹⁴. Cinco elementos pueden contribuir a hacer comprensible la diferente evolución carlista en la España mediterránea y en la del Norte en los últimos años del siglo XIX. Primeramente, el impacto del integrismo, tanto en 1888 como con posterioridad, que resultó mucho mayor en Navarra y en el País Vasco¹⁵. En segundo lugar, el diferente papel desempeñado por los dirigentes: los catalanes y valencianos se pusieron rápidamente al servicio de la nueva cúpula del partido y resultaron, con la colaboración de los núcleos más jóvenes, los principales impulsores del carlismo nuevo. La actividad de unos u otros dirigentes –Manuel Roger de Llúria, el barón de Albi, Manuel Polo y Peyrolón o Vicente Calatayud destacaron entre los más activos- condicionó sobremanera la evolución de sus respectivas áreas de influencia. En tercer lugar, las diferencias entre las formas de sociabilidad inherentes a las dos áreas consideradas: mucho más formalizadas en la España mediterránea y más informales, así como con un menor grado de sedentarismo, en el País Vasco, circunstancia que

¹³ Manuel POLO Y PEYROLÓN, “Los Círculos...”, pp. 88-89.

¹⁴ Cf. Jordi CANAL, *El carlisme català...*, pp. 86-118.

¹⁵ Cf. Javier REAL CUESTA, *El carlismo vasco, 1876-1900*, Madrid, Siglo XXI, 1985, pp. 113-127. María OBIETA, *Los integristas guipuzcoanos. Desarrollo y organización del Partido Católico Nacional en Guipúzcoa (1888-1898)*, San Sebastián, Instituto de Derecho Histórico de Euskal Herria, 1996. Cf. también el capítulo III de Jordi CANAL, *Banderas blancas, boinas rojas...*

explica que la implantación de unas entidades como los círculos resultase más compleja¹⁶. Otra cuestión a tener en cuenta, en relación con la anterior, es la base fundamentalmente rural del carlismo vasco-navarro. En consecuencia, la fórmula de encuadramiento que ofrecían los círculos, de tipo urbano, tenía menos posibilidades de resultar exitosa. En contraste, el Norte seguía siendo el bastión electoral del carlismo, lo que nos conduce a una nítida distinción entre la geografía de la militancia -integrada en los círculos- y la de los simpatizantes y electores, así como entre las formas de incidencia, fidelidad e incluso clientela entre partido y bases. Así pues, el desarrollo de los círculos tradicionalistas fue mayor en las áreas que más necesitadas se encontraban de nuevas fórmulas de aproximación a las bases, ya fuese por causa de su inexistencia, ya por el fracaso de fórmulas anteriores. Éste constituye el quinto y último elemento a considerar si queremos entender la diferente evolución entre las áreas mediterránea y nórdica. Como ya Mikel Urquijo puso de manifiesto para el carlismo de la etapa del Sexenio Democrático, resultaba inútil crear nuevas estructuras en sitios en donde funcionaban bien las antiguas¹⁷. Aunque desde entonces su efectividad se hubiese reducido, a fines de siglo la situación era bastante parecida. En definitiva, no nos encontraríamos ante un menor desarrollo del carlismo vasco-navarro a fines del siglo XIX, sino ante un decidido y notabilísimo impulso del carlismo mediterráneo.

Ahí radica la trascendencia del despliegue estructural carlista en la España mediterránea a fines del Ochocientos. Unos 18.000 hombres se encuadraron en esta zona en los círculos tradicionalistas, constituyendo en total más de la mitad de los asociados-militantes españoles en el año 1896, punto álgido de la experiencia finisecular. Excepto en unos pocos casos, los círculos contaban con un número variable de socios que oscilaba entre los 30 y los 300. Los miembros de

¹⁶ Cf. Jesús ARPAL, “Solidaridades elementales y organizaciones colectivas en el País Vasco (Cuadrillas, txokos, asociaciones)”, en Pierre BIDART, ed., *Processus sociaux, idéologies et pratiques culturelles dans la société basque. Colloque*, Bayona, Université de Pau et des Pays de l'Adour, 1985, pp. 129-154. Alfonso PÉREZ-AGOTE, *La reproducción del nacionalismo. El caso vasco*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1984, pp. 105-110. Enric UCELAY-DA CAL, “Els espais de la sociabilitat: la parròquia, els “parroquians” i la qüestió de les clienteles”, *L'Avenç*, 171, 1993, pp. 18-27.

¹⁷ Mikel URQUIJO, *Liberales y carlistas. Revolución y fueros vascos en el prelude de la última guerra carlista*,

los círculos tradicionalistas pagaban una cuota mensual o anual por su adscripción, que servía, junto a la recaudación del café y las aportaciones voluntarias adicionales de los socios más pudientes, para financiar el funcionamiento de estas entidades. En algunas ocasiones los asociados recibían a cambio una titulación o carné. Entre ellos predominaban los jóvenes -es decir, no se trataba de una militancia vinculada total y directamente a la última guerra civil carlista-, el grupo sin duda más activo, y los sectores populares, especialmente artesanos, jornaleros agrícolas y pequeños comerciantes. Sin embargo, la presencia de éstos en la dirección de la entidad y en los cargos de responsabilidad -junta directiva- se reducía a la mínima expresión. Eran los carlistas pertenecientes a los grupos acomodados -propietarios y hacendados, seguidos de abogados, comerciantes e industriales- los que copaban estas posiciones, en base a su poder -político, económico o cultural-, a su prestigio o bien a explícitas indicaciones en los reglamentos que regían el funcionamiento de los círculos. En el carlismo coexistieron a lo largo de su historia sectores sociales muy diferenciados. Esta confluencia debe ser interpretada en el marco de las transformaciones -económicas, pero asimismo sociales, culturales y políticas- que comportó el proceso de consolidación del estado liberal, la sociedad burguesa y el capitalismo. El carlismo se convirtió en una forma de sociedad paralela en la que el empobrecimiento económico, la ruptura del orden y las formas de vida tradicionales o los conflictos culturales agrupaban personas que, aunque con proyectos y aspiraciones en ocasiones diferentes, confluían frente a la sociedad presente. Sin olvidar, desde luego, la devaluación sociocultural sufrida por algunas ocupaciones -artesanado, clero-, así como la importancia en la persistencia del movimiento legitimista de tradiciones, símbolos y vínculos familiares o comunitarios. El carlismo a fines del Ochocientos constituía un partido con una amplísima presencia de las capas populares en su seno, aunque no era, sin embargo, un partido popular¹⁸.

Bilbao, Universidad del País Vasco, 1994, p. 182.

¹⁸ Cf. Jordi CANAL, *El carlisme català...*, pp. 217-250.

La denominación “círculo tradicionalista” fue la más usada contemporáneamente para denominar estos organismos del partido carlista. Asimismo, en algunas ocasiones eran designados como “círculos carlistas” o “centros carlistas”. En menor medida recibían el nombre de “casino” o “sociedad” o los adjetivos “legitimista” y “católico-monárquico”. A veces un nombre estrechamente vinculado a la “causa” acompañaba el título: “La Margarita” -en honor de la primera esposa del pretendiente Carlos VII-, “La Flor de Lis” o, entre otros posibles ejemplos, “La Lealtad”. El círculo se concretaba físicamente en un local, que hacía posible el desarrollo de las múltiples ocupaciones que se le atribuían. Disponer de un local propio resultaba indispensable. Los había con más o menos dependencias y mejor o peor equipados, en relación con las posibilidades y desarrollo de cada uno. Las salas de reunión y de actos, además del café, constituían los principales espacios de los centros carlistas. En uno de ellos, el de Olot, una ciudad del norte de Cataluña, los planos del edificio indican claramente la presencia de un café en la parte delantera, con mostrador, bodega y cocina, una sala principal en el centro del local con capacidad para unas 170 sillas, y en la parte trasera una habitación destinada a secretaría o sala de billar, los servicios y un jardín. Según las necesidades, el salón principal podía convertirse en sala de café o de estar, en salón de actos o en platea de teatro o, incluso, en comedor¹⁹. El Círculo Tradicionalista de Valencia contaba, según el relato de Tirso de Olazábal, con una sala para jugar a cartas, otra para que pudieran reunirse los sacerdotes, un gabinete de lectura y una sala para servir los cafés y los refrescos²⁰. Los círculos constituían, al fin y al cabo, la proyección de la sociedad ideal carlista en un espacio concreto -y, sobre todo, en un espacio propio- de la sociedad real. Se trataba de la casa de los carlistas o de la casa de la familia carlista, según una imagen muy cara a la publicística

¹⁹ Arxiu Comarcal d'Olot (Olot), Asociaciones, Fondo Círculo Tradicionalista de Olot y su comarca (1889-1900), *Documentos que se indican en el acta levantada con motivo del cierre del Círculo Tradicionalista, 3 No[viem]bre de 1900. Lo Crit d'Espanya* (Barcelona), 19 septiembre y 24 octubre 1890, pp. 4-5.

²⁰ Tirso de OLAZÁBAL, *Don Jaime en España. Crónica del viaje de S.A.R. dedicada a S.M. el Rey (QDG)*, Bilbao, Imp. y Enc. La Propaganda, 1895, p. 162.

finisecular²¹. Tan intencionada como la que identificaba los círculos tradicionalistas como Casas del Rey, un lógico contrapunto al desarrollo de las Casas del Pueblo. El *Rey*, es decir el pretendiente Carlos, presidía simbólicamente con su retrato todos los círculos, identificando el espacio al mismo tiempo que rubricaba su conversión en islote de sociedad ideal. Es decir, carlista.

Los círculos tradicionalistas desarrollaban funciones políticas, así como de instrucción, formación y asistencia, y actuaban como espacios sociables. En estos tres puntos podría resumirse la actividad y las actuaciones de estas entidades. En primer lugar, las funciones políticas. Los círculos acogían las diferentes juntas, desde las regionales hasta las locales, y desde allí se dirigía efectivamente el partido. Las elecciones, las campañas y actuaciones políticas en general eran preparadas en los locales de los círculos, desde los cuales se hacía asimismo su seguimiento. Constituían, por otro lado, centros de propaganda y base de operaciones propagandísticas: además de las secciones del círculo específicamente destinadas a esta finalidad, las juventudes carlistas la contaban entre sus principales misiones. Junto a las funciones más estrictamente políticas, estas entidades asumían otras como la formación, la instrucción y la asistencia. Algunos locales contaban con una biblioteca -a la que se atribuía una importancia menor con respecto a las casas del pueblo o los ateneos obreros- y en todos se recibía la prensa del partido, que era en algunas ocasiones leída públicamente y en voz alta. Los círculos organizaban conferencias sobre temas religiosos o políticos, además de ofrecer cursos de idiomas, de esgrima, de fotografía, de canto y solfeo o de dibujo. Se trataba, tal como podía leerse en una noticia que daba cuenta de la celebración por la noche de clases de francés en el Círculo Tradicionalista de Barcelona, de “proporcionar a los socios el mayor número de utilidades posible”²². Algunos círculos establecieron escuelas, destinadas en la mayor parte de los casos a los hijos de los socios o a los mismos asociados con pocos recursos, o bien a los sectores populares de la población. El Círculo

²¹ Cf. Jordi CANAL, *Banderas blancas, boinas rojas...*, capítulo VIII.

²² *Correo Catalán* (Barcelona), 30 noviembre 1890, p. 8.

Tradicionalista de Sueca, en el País Valenciano, considerado modélico por la prensa del partido, inauguró en 1893 unas escuelas nocturnas en los locales del centro destinadas básicamente a trabajadores agrícolas, a los que ofrecían conocimientos elementales y formación religiosa. La asistencia se cifraba alrededor de un centenar de personas²³. Los ejemplos de la zona catalano-valenciana podrían multiplicarse, ya que fue en estos territorios de principal desarrollo de los círculos tradicionalistas en donde también surgieron un mayor número de escuelas. Lo mismo puede decirse con respecto a otros servicios -el círculo de Alicante, pongamos por caso, instaló en 1895 una agencia de gestiones “para evacuar cuantas diligencias se ocurran a los carlistas que carezcan de medios o conocimientos”²⁴ - y, en especial, a las fórmulas asistenciales. Las entidades de socorros mutuos -también denominadas montepíos o hermandades- adquirieron una gran importancia a fines del Ochocientos en España²⁵, integrándolas los partidos políticos modernizados entre su oferta de servicios. Alcoy, en el País Valenciano, o ciudades industriales como Sabadell, Olot o Tarrasa, en Cataluña, sobresalieron por la atención prestada por el carlismo a las formas mutualistas. Junto a éstas, atendiendo a la identificación profundamente católica del legitimismo español, los círculos y especialmente sus más significados dirigentes practicaban la caridad, ya fuese para con los carlistas con pocos recursos o con los pobres más en general. En el mutualismo y la caridad se materializó la preocupación del carlismo por la llamada cuestión social. Unas respuestas que, a la postre, se mostrarían insuficientes.

La tercera función de los círculos consistía en convertirse en lugares de cohesión y de recreo para los correligionarios. Verdaderos espacios sociables, en definitiva. En los locales de los círculos se organizaban veladas literario-musicales, aunque siempre con trasfondo político, representaciones teatrales, conciertos -los coros, orfeones y bandas de música proliferaron

²³ VALERIO, “La Semana Carlista”, *El Centro* (Valencia), 13 enero 1893, p. 4. “Movimiento carlista”, *El Correo Español* (Madrid), 9 mayo 1893, p. 1. ENEAS [Benigno BOLAÑOS], “Los Círculos carlistas”, *El Correo Español* (Madrid), 1 junio 1895, p. 1.

²⁴ “Movimiento carlista”, *La Monarquía Federal* (Valencia), 7 diciembre 1895, p. 2.

especialmente en la región valenciana- y sesiones de prestidigitación. Los juegos de cartas, el ajedrez y las damas, junto con el billar, formaban parte activa de la vida diaria de estas entidades. La mesa de billar, en particular, era un bien preciadísimo por causa de la demanda entre los asociados. Unos juegos estrechamente vinculados a la vida de café, que estimulaba la conversación, la discusión, la fraternidad -y, a veces, lógicamente, la enemistad- y, en definitiva, la cohesión entre un grupo de hombres que compartían una adscripción política. Constituía el espacio apropiado para tratar de la situación política del momento, del rumbo del partido o de las hazañas bélicas del pasado -el recuerdo de las guerras carlistas se hacía omnipresente-, convirtiéndose en una versión formalizada y exclusivamente masculina de la velada familiar. En los cafés de los círculos se desarrollaba una sociabilidad masculina, inseparable del juego y el alcohol, con la excepción de algunas fechas señaladas en las que los centros permanecían abiertos a las familias de los asociados. Las veladas ofrecían la base para una sociabilidad de tipo familiar. Los banquetes, en cambio, volvían a reunir nuevamente a los hombres en torno a una mesa, en el mismo local del círculo y, en ocasiones, en espacios exteriores, una práctica en aumento en el nuevo siglo. Los círculos, en tanto que espacios sociables, contribuían decisivamente a la cohesión de la base del partido; al fortalecimiento, al fin y al cabo, del “nosotros” carlista. El dirigente valenciano Polo y Peyrolón lo afirmaba con rotundidad: “Cuando no había Círculos carlistas perdíanse las energías individuales de nuestros correligionarios en el retiro y aislamiento del hogar doméstico. Ahora en los Círculos nos conocemos, nos tratamos, intimamos hasta donde es posible y nos fundimos, si se me permite la expresión, en una sola aspiración y pensamiento único.”²⁶ El tercer núcleo de funciones de estas entidades envolvía, fortaleciéndolos, los dos anteriores, en el marco de unos espacios y formas de sociabilidad política que facilitaban respuestas relativamente eficaces ante las transformaciones sociopolíticas vividas en la España de la Restauración.

²⁵ Cf. Santiago CASTILLO, ed., *Solidaridad desde abajo. Trabajadores y Socorros Mutuos en la España Contemporánea*, Madrid, Unión General de Trabajadores, 1994.

Del espacio propio a la lucha por el espacio público

Los círculos tradicionalistas representaron la pieza fundamental en el proceso de renovación estructural del carlismo finisecular. Respondían, como había escrito Polo y Peyrolón, a las exigencias de los tiempos. Unas exigencias que habían provocado, lógicamente, reacciones paralelas entre las demás agrupaciones políticas españolas. En la base de estas sociabilidades políticas hallamos tanto la necesidad de encuadrar las bases partidistas consiguiendo su adscripción formal, como de cohesionarlas, ofreciéndoles incentivos tangibles al mismo tiempo que se mantenían los más intangibles. El nivel simbólico era, asimismo, fundamental: del mismo modo que los círculos carlistas proyectaban su sociedad ideal en un espacio concreto y propio de la sociedad real, otro tanto hacían los círculos republicanos, las casas del pueblo socialistas, los centros catalanistas o los batzokis del Partido Nacionalista Vasco. Todas estas entidades respondían a unos mismos planteamientos y a unos mismos estímulos, aunque tuvieran materializaciones y suertes distintas. Solamente conservadores y liberales -y, en un primer momento, también los integristas²⁷- quedaron al margen de esta eclosión de las sociabilidades políticas, en relación con su particular naturaleza partidista y con su permanente control del poder. Sus centros eran clubes de notables en el marco de partidos de cuadros. Sin embargo, incluso entre ellos aparecerían en el siglo XX tentativas modernizadoras en sus formas políticas, ya fuese entre el ala izquierda del liberalismo o, en especial, entre los núcleos que se auto-designaban como mauristas. Por otro lado, los centros católicos y los círculos católicos de obreros, de inspiración eclesiástica y con un notable desarrollo en la España mediterránea de la mano del P. Antonio Vicent, aparte de conatos de colaboración con los círculos carlistas establecieron con ellos un

²⁶ Manuel POLO Y PEYROLÓN, “Los Círculos...”, p. 85.

²⁷ Cf. Félix SARDÀ y SALVANY, “Casa y Casino”, en *Propaganda Católica*, vol. IV, Barcelona, Librería y Tipografía Católica, 1885, pp. 531-554. Manuel SÁNCHEZ ASENSIO, “De acción social. Los casinos” [1909], en *Enciclopedia periodística de Sánchez Asensio*, vol. I, Cáceres, Diputación de Cáceres, 1950, pp. 301-371.

permanente enfrentamiento por la penetración entre los sectores populares a través de ofertas muy parecidas. Aunque no se tratase de entidades estrictamente políticas, la inspiración conservadora o integrista de algunos de ellos contribuyó a una pugna permanente. Desde el carlismo se lanzaron acusaciones a estas entidades en base a dos argumentos: intentaban atribuirse, de forma maliciosa, la exclusiva del catolicismo y, en segundo lugar, estaban al servicio del liberalismo y los partidos liberales²⁸.

Los socialistas, a su vez, a imagen de sus correligionarios de otros países de Europa, crearon las casas del pueblo. Estas entidades, además de convertirse en hogares de trabajo, escuelas de civismo y centros mutualistas y de acción cooperativa, fueron, como ha escrito Víctor Manuel Arbeloa, “de una manera primordial, centros de formación sindical y política”²⁹. No se quedaron atrás, en este sentido, los anarquistas³⁰. El desarrollo, sin embargo, tuvo lugar más en el siglo XX que en el precedente, igualmente como ocurrió con los centros catalanistas -numerosos en los años noventa, aunque generalmente poco activos y poco concurridos antes de 1898- y, en especial, con los batzokis, que correspondían a la materialización en el terreno de las sociabilidades políticas de los nacionalismos catalán y vasco, respectivamente³¹. No se debe

²⁸ ENEAS [Benigno BOLAÑOS], “Los Círculos católicos”, *El Correo Español* (Madrid), 29 mayo 1895, p. 1. “Los Círculos católicos”, *El Correo Español* (Madrid), 12 junio 1895, p. 1. ENEAS [Benigno BOLAÑOS], “De re católica. Los Círculos católicos y los carlistas”, *El Correo Español* (Madrid), 28 junio 1895, p. 1. Sobre los centros católicos, cf. José ANDRÉS-GALLEGU, *Pensamiento y acción social de la Iglesia en España*, Madrid, Espasa-Calpe, 1984; y Samuel GARRIDO, *Los trabajadores de las derechas*, Castellón, Diputación de Castellón, 1986.

²⁹ Cf. Víctor Manuel ARBELOA, *Las Casas del pueblo*, Madrid, Mañana, 1977 (la cita, en p. 43). Francisco de LUIS MARTÍN y Luis ARIAS GONZÁLEZ, *Las Casas del Pueblo socialistas en España (1900-1936)*, Barcelona, Ariel, 1997. Pedro BARRUSO, “La sociabilidad en los espacios en el País Vasco (1900-1936). Casas del Pueblo y Círculos Obreros”, *Vasconia*, 33, 2003, pp. 207-222. Una perspectiva europea, en Maurizio DEGL’INNOCENTI, ed., *Le Case del popolo in Europa (Dalle origini alla seconda guerra mondiale)*, Florencia, Sansoni, 1984.

³⁰ Cf. Manuel MORALES MUÑOZ, “Los espacios de la sociabilidad radical-democrática: casinos, círculos y ateneos”, *Studia Historica. Historia Contemporánea*, 19-20, 2001-2002, pp. 161-205. Francisco Javier NAVARRO, *Ateneos y Grupos Ácratas. Vida y actividad cultural de las asociaciones anarquistas valencianas durante la Segunda República y la Guerra Civil*, Valencia, Generalitat Valenciana, 2002.

³¹ Cf. Jordi LLORENS, *La Unió Catalanista i els orígens del catalanisme polític*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1992. Joan-Lluís MARFANY, *La cultura del catalanisme. El nacionalisme català en els seus inicis*, Barcelona, Empúries, 1995. José Luis de la GRANJA, *El nacionalismo vasco. Un siglo de Historia*, Madrid, Tecnos, 1995. Iñigo CAMINO, *Batzokis de Bizkaia. Margen Izquierda-Encartaciones*, Bilbao, Alderdi Argitaldariak, 1987; y, del mismo autor, *Batzokis de Bizkaia. Bilbao*, Bilbao, Alderdi Argitaldariak, 1988. Mikel AIZPURU, “Las bases sociales del nacionalismo vasco”, en *Los nacionalistas. Historia del nacionalismo vasco 1876-1936*, Vitoria, Fundación Sancho el Sabio-Caja Vital Kutxa, 1995, p. 343-377. José María TÁPIZ, “Los batzokis jeltokis durante la II

olvidar, sin embargo, la incidencia que el desarrollo de los centros catalanistas tuvo sobre el de los centros tradicionalistas y republicanos en Cataluña, y viceversa. La circulación de los discursos y las formas se hace mucho más intensa en el marco de la confrontación política. De hecho, la aparición del nacionalismo catalán condicionó enormemente la política en este territorio. Finalmente, los centros republicanos fueron los más parecidos a los carlistas. La evolución de los dos grupos en la Restauración resultó bastante paralela, aunque desde puntos equidistantes del centro de poder y, dejando a un lado algunas colaboraciones, en continuo enfrentamiento. En los últimos años del siglo XIX los republicanos se encontraron asimismo ante la necesidad de modernizar sus partidos -la división de los republicanos era notoria-, reorganizándolos y formalizando sus estructuras. Si bien los logros fueron muy relativos a nivel estatal, en el ámbito local resultaron en ocasiones muy apreciables³². La tentativa republicana no cuajó realmente hasta principios del siglo XX, sobre todo en la España mediterránea -en las ciudades de Valencia y Barcelona en especial, singulares por una dinámica propia favorecida por intensos procesos de urbanización y secularización³³-, de la mano de dos políticos populistas: Vicente Blasco Ibáñez y Alejandro Lerroux. En la base de las organizaciones blasquista y lerrouxista se encontraban círculos, casinos y casas del pueblo³⁴. Los círculos republicanos finiseculares, sin embargo, más

República. Centros de sociabilidad y reclamos a la afiliación”, *Vasconia*, 33, 2003, pp. 283-302.

³² Cf. Demetrio CASTRO ALFÍN, “Los republicanos madrileños durante la primera fase de la Restauración”, en Ángel BAHAMONDE y Luis Enrique OTERO, ed., *La sociedad madrileña durante la Restauración, 1876-1931*, vol. II, Madrid, Alfoz, 1989, pp. 39-57. Àngel DUARTE, *Possibilistes i federals. Política i cultura republicanes a Reus (1874-1899)*, Reus, Associació d'Estudis Reusencs, 1992; y, del mismo autor, *La república del emigrante. La cultura política de los españoles en Argentina (1875-1910)*, Lérida, Milenio, 1998. Ramon BATALLA, *Els casinos republicans: política, cultura i esbarjo. El casino de Rubí 1884-1939*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1999. Manuel MORALES MUÑOZ, *El republicanismo malagueño en el siglo XIX. Propaganda doctrinal, prácticas políticas y formas de sociabilidad*, Málaga, Memoria del Presente, 1999. Una perspectiva general sobre el republicanismo español, en Nigel TOWNSON, ed., *El republicanismo en España (1830-1977)*, Madrid, Alianza Editorial, 1994.

³³ Cf. José Luis GARCÍA DELGADO, ed., *Las ciudades en la modernización de España. Los decenios interseculares*, Madrid, Siglo XXI, 1992.

³⁴ Cf. Ramiro REIG, *Blasquistas y clericales. La lucha por la ciudad en la Valencia de 1900*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1986. Joaquín ROMERO MAURA, “La rosa de fuego”. *El obrerismo barcelonés de 1899 a 1909* [1975], Madrid, Alianza Editorial, 1989. Joan B. CULLA I CLARÀ, *El republicanisme lerrouxista a Catalunya (1901-1923)*, Barcelona, Curial, 1986. José ÁLVAREZ JUNCO, *El Emperador del Paralelo. Lerroux y la demagogia populista*, Madrid, Alianza Editorial, 1990.

activos de lo que la comparación con los anteriores pudiera parecer y complementados por otras estructuras de sociabilidad -logias masónicas, tertulias-, desarrollaban, como los carlistas, una función básicamente cohesionadora: el mantenimiento y difusión del ideal republicano, al mismo tiempo que ofrecían posibilidades de diversión y relación social³⁵.

Círculos republicanos, anarquistas y carlistas, casas del pueblo socialistas y lerrouxistas, casinos blasquistas, batzokis peneuvistas, así como centros católicos y catalanistas, alcanzaron su definitiva eclosión en la España de entre siglos. El círculo, definido originalmente como recreativo o cultural, se cargó de connotación política a medida que avanzaba el siglo XIX. Entre los espacios de sociabilidad política que ya emergieron en la última década del siglo, e incluso parcialmente en las anteriores, destacaron -junto con los centros católicos y los republicanos- los círculos tradicionalistas. Estas sociabilidades políticas, que formaban parte como núcleo de una estructura partidista más extensa, convertían al carlismo, como conjunto, en un referente para los contemporáneos por lo que a la renovación organizativa de los partidos políticos en España se refiere. No se trataba de una necesidad intrínseca de modernización política -no coincidente en absoluto con el talante tradicionalista-, sino de una modernización como estrategia de supervivencia en unas circunstancias complejas y cambiantes. Tras unos momentos álgidos entre 1895 y 1896, este ensayo modernizador se vio abocado al fracaso. La renovación estructural topó con la rigidez de determinados planteamientos y actitudes en el interior del carlismo. La modernización política no tuvo paralelos en otros ámbitos, como el ideológico -en relación con la candente cuestión social, por ejemplo, o, concretamente en Cataluña, frente al desarrollo del nacionalismo- o como el militar. De esta forma, la entrada en la crítica coyuntura de los últimos años del siglo, marcada por la guerra de Cuba, abocó al carlismo a la recuperación de las viejas

³⁵ Àngel DUARTE, *El Republicanisme català a la fi del segle XIX*, Vic, Eumo Editorial, 1987, p. 41. Cf. también Pere GABRIEL, “Sociabilidad obrera y popular y vida política en Cataluña 1868-1923”, *Bulletin d’Histoire Contemporaine de l’Espagne*, 17-18, 1993, pp. 145-156. Àngel DUARTE y Pere GABRIEL, “El republicanismo español”, *Ayer*, 39, 2000, pp. 9-161.

estrategias insurreccionales como producto de una lectura deformada de la realidad. Entre 1897 y 1900 amplios sectores carlistas entraron en una desconcertante espiral de conspiraciones, que desembocó en el frustrado alzamiento de Badalona de octubre de 1900. El fracaso de este movimiento insurreccional debe atribuirse tanto a las propias limitaciones como a la estrecha vigilancia policial, provocando un amplio despliegue represivo sobre la organización legitimista, que conllevó su casi total desmantelamiento. La organización militar de viejo estilo -partidas como primer estadio y como complemento de un verdadero Ejército Real Carlista- no resultaba ya efectiva a fines del siglo XIX. Tampoco el carlismo seguía siendo entonces una opción entre dos opciones posibles, como durante una gran parte del Ochocientos -la fórmula amalgamática no era ya factible en aquellas circunstancias-, sino un partido condenado a la lucha por un pequeño espacio político con numerosos partidos más. En consecuencia, el carlismo puso punto y final a la centuria con una nueva derrota, aunque de intensidad y naturaleza diferente a la de 1876³⁶.

Este fracaso no podía ocultar, sin embargo, las realizaciones decisivas que tuvieron lugar en el seno del partido de los seguidores del pretendiente Carlos VII a lo largo de los años noventa. Constituyeron una experiencia fundamental para el carlismo del Novecientos. Una experiencia positiva, la de la eficacia de una estructura política adecuada -y muy concretamente en el caso de los círculos tradicionalistas-, que coexistió con otro conjunto de experiencias menos positivas e, incluso, claramente negativas. No obstante, tanto en el éxito como en el fracaso, las experiencias resultan fundamentales en política. De esta forma, la insuficiencia de los planteamientos sociales fue ligeramente corregida en los discursos de Juan Vázquez de Mella y, en especial, a través de la dinámica interna que condujo a sectores -populares y obreristas- del carlismo al sindicalismo libre

³⁶ Cf. Jordi CANAL y Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA, ““No era la ocasión propicia...” La conspiración carlista de fin de siglo en un memorial a Don Carlos”, *Hispania*, 181, 1992, pp. 705-742. Jordi CANAL, “Republicanos y carlistas contra el Estado. Violencia política en la España finisecular”, *Ayer*, 13, 1994, pp. 57-84. Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA, *La razón de la fuerza. Orden público, subversión y violencia política en la España de la Restauración (1875-1917)*, Madrid, CSIC, 1998, pp. 183-218. Cf. también Jordi CANAL, *Banderas blancas, boinas rojas...*, capítulo I.

en la segunda década del siglo XX³⁷. La obsoleta organización militar carlista finisecular, a su vez, dejaría paso en la nueva centuria a la creación del requeté, una formación paramilitar de tipo urbano inspirada en los Camelots du Roi franceses. Julio Aróstegui y Eduardo González Calleja escriben, en relación con el requeté carlista, que ningún otro grupo político “incorporó con tanta eficacia a la vieja tradición de la violencia política en España las novedades de la “era de la paramilitarización” en los años veinte y treinta.”³⁸ Los jóvenes desarrollaron, ya fuese encuadrados en el requeté o bien en las nuevamente potenciadas juventudes del partido -e incluso en las llamadas juventudes escolares, para los más pequeños-, un papel aún más destacado en las nuevas estructuras carlistas. Finalmente, la participación en plataformas de derechas contribuyó a la superación del espejismo amalgamático. En Valencia, ante la fuerza del blasquismo, el carlismo tuvo un papel muy destacado en la conformación de estas plataformas. Las aproximaciones del carlismo al nacionalismo en Cataluña, por otro lado, como ya apuntó Borja de Riquer, deberían interpretarse en la misma línea³⁹. En conjunto, se trataba de nuevos pasos en el proceso de modernización de las formas de la política que el carlismo llevó a cabo en la España de entre siglos -de la misma forma y en estrecha relación a las de las otras opciones políticas-, en tanto que adecuaciones constantes a una sociedad en evolución o como simples estrategias de supervivencia.

Los círculos tradicionalistas permanecieron a lo largo del primer tercio del siglo XX, hasta

³⁷ Cf. Colin M. WINSTON, “The Proletarian Carlist Road to Fascism: Sindicalismo Libre”, *Journal of Contemporary History*, XVII-4, 1982, pp. 557-585; y, del mismo autor, *La clase trabajadora y la derecha en España 1900-1936* [1985], Madrid, Cátedra, 1989. Soledad BENGOCHEA y Fernando del REY, “Militars, patrons i sindicalistes “lliures”. Sobre el sindicalisme de ghetto a Catalunya”, *L’Avenç*, 166, 1993, pp. 8-16. Soledad BENGOCHEA, Jordi CANAL, Pere GABRIEL, Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA, Fernando del REY y Colin M. WINSTON, “Els sindicats del crim: pistolerisme a Barcelona, 1917-1923”, *L’Avenç*, 192, 1995, pp. 13-41. Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA, *El máuser y el sufragio. Orden público, subversión y violencia política en la crisis de la Restauración (1917-1931)*, Madrid, CSIC, 1999.

³⁸ Julio ARÓSTEGUI, “La tradición militar del carlismo y el origen del requeté”, *Aportes*, 8, 1988, pp. 3-23. Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA, *La razón de la fuerza...*, pp. 477-504. Julio ARÓSTEGUI y Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA, “La tradición recuperada: el requeté carlista y la insurrección”, *Historia Contemporánea*, 11, 1994, pp. 29-53. La cita, en p. 53.

³⁹ Rafael VALLS, *La Derecha Regional Valenciana (1930-1936)*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1992. Vicent COMES, *En el filo de la navaja: biografía política de Luis Lucia Lucia (1888-1943)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002. Borja de RIQUER, “De l’antiliberalisme a la contrarevolució. El carlisme català, 1876-1936”, *Revista de Girona*, 147, 1991, pp. 56-58.

la Guerra Civil española de 1936-1939, en el centro de la vida carlista. Así pues, conformaron la clave de la continuidad por lo que a las formas y espacios de sociabilidad se refiere. Aunque con lógicas modificaciones, su estructura y funciones siguieron siendo en lo esencial las mismas. De esta manera, por ejemplo, cuando en la memoria anual del Círculo Tradicionalista de Barcelona para el año 1909 se pasaba revista a las novedades introducidas, solamente se destacaban el teléfono, las clases de inglés, un salón de “causerie” –esto es, de conversación familiar- y una bolsa de trabajo⁴⁰. El círculo de Olot, por poner otro caso, que entre 1894 y 1900 había albergado un montepío bajo la advocación de San Carlos Borromeo, en la segunda década del Novecientos acogió una sociedad obrera de socorros mutuos bautizada como "La Protectora del Obrero", fundada bajo los auspicios de la activa Juventud tradicionalista de aquella ciudad catalana. Entre los cambios más notables destacaban la proliferación de gimnasios y prácticas de tiro, que deben ser asociados al desarrollo de las estructuras paramilitares, y asimismo la incorporación en muchos círculos de secciones deportivas. El fútbol, en concreto, constituyó un poderoso elemento de socialización. Estas transformaciones, tal como ya hemos hecho notar en circunstancias anteriores, no eran exclusivas del carlismo, aunque éste no iba en ningún caso a la zaga. Circularidad y competencia regían estos procesos en los que las diferentes culturas políticas se embarcaban en estrecha relación dialéctica.

Los círculos tradicionalistas proliferaron en muchas de las ciudades españolas a partir de los primeros años del siglo XX, una vez superados los efectos de la represión posterior a la fallida insurrección de octubre de 1900 y, asimismo, una vez mitigadas las pugnas internas generadas por estos mismos hechos. Algunos círculos clausurados en aquellas circunstancias reabrieron sus puertas, mientras que la mayoría fueron creados de nuevo, sin continuidad aparente con los centros de los años noventa, o bien se instalaron en ciudades o barrios que no disponían anteriormente de

⁴⁰ *Círculo Tradicionalista de Barcelona. Memoria leída por el Sr. Secretario D. Juan Viza en la reunión general ordinaria celebrada el día 27 de Marzo de 1910*, Barcelona, Círculo Tradicionalista de Barcelona, 1910.

centro tradicionalista. Algunas de las nuevas entidades se esforzaron en subrayar su carácter popular o específicamente obrero. En todo caso, la sociabilidad contrarrevolucionaria articulada por los círculos siguió siendo básicamente masculina, aunque con una progresiva penetración de las mujeres, y del núcleo familiar más generalmente, en su funcionamiento. Las mujeres carlistas, que siempre habían mantenido una posición aparentemente secundaria en esta cultura política -una posición fundamental, sin embargo, a efectos de reproducción política y cultural-, vieron reconocida su actividad con la institucionalización de la rama femenina del partido en torno a 1919. Estas mujeres recibieron el nombre de “Margaritas”, en honor de la primera mujer del pretendiente Carlos VII, Margarita de Parma, que tuvo un destacado papel en la asistencia a los heridos en el curso de la Segunda guerra carlista⁴¹.

La principal novedad en los lugares de sociabilidad contrarrevolucionaria en el siglo XX se centró en el proceso de conquista del espacio público al que se lanzaron los carlistas tras asegurarse la posesión del espacio propio a través de los círculos. De nuevo el proceso tuvo lugar muy especialmente en las zonas urbanas de la España mediterránea. El lerrouxismo y los nacionalistas catalanes, o el blasquismo valenciano, pugnaron con los carlistas en esta lucha por la conquista física y, en especial, simbólica del espacio. Ramiro Reig subtítulo precisamente su excelente libro sobre los conflictos entre blasquistas y clericales en Valencia de la siguiente forma: la lucha por la ciudad en la Valencia de 1900⁴². El proletariado, asimismo, ensayó paralelamente la conquista de la calle -ciudad obrera *versus* ciudad burguesa- a través de huelgas e insurrecciones⁴³. La organización por parte de los carlistas del requeté estaba íntimamente relacionada con la lucha por el espacio urbano. Los jóvenes carlistas se enfrentaron permanentemente con los jóvenes lerrouxistas -conocidos como “jóvenes bárbaros”-, especialmente en Barcelona, con resultados de

⁴¹ Cf. Jordi CANAL, *Banderas blancas, boinas rojas...*, capítulo VIII.

⁴² Ramiro REIG, *Blasquistas y clericales...* Cf. también Julio de la CUEVA, “Católicos en la calle: la movilización de los católicos españoles, 1899-1923”, *Historia y Política*, 3, 2000, pp. 55-79.

⁴³ Cf. Pere LÓPEZ SÁNCHEZ, *Un verano con mil julios y otras estaciones. Barcelona: de la Reforma Interior a la*

contusiones, heridas de arma blanca o de fuego, e incluso de muerte en algunas ocasiones. Durante la Semana Trágica que se vivió en la capital catalana en julio de 1909, los carlistas salieron a la calle en defensa de sus espacios, ya fuesen los círculos tradicionalistas o las iglesias y conventos amenazados de incendio o destrucción por los revolucionarios. Los intentos de conquista católica de las calles valencianas -a través de procesiones u otras manifestaciones religiosas- encontraban violentas respuestas por parte de los seguidores de Blasco Ibáñez. Sin embargo, la lucha por el espacio urbano no tenía exclusivamente lugar por vías violentas, sino también a través de la organización de manifestaciones -las procesiones católicas podrían incluirse en este apartado-, de banquetes multitudinarios o de mítines. Con la palabra, los gritos o los cantos, o con las banderas y estandartes, se aprehendía el espacio. La exhibición en todos estos actos de boinas blancas y rojas, convertidas en uno de principales signos identificadores de los carlistas, debe ser interpretada en el mismo sentido. Así pues, de las veladas literario-musicales y los discursos políticos pronunciados en los salones de los círculos tradicionalistas se pasó, sin que estos dejaran de celebrarse, a los actos públicos de masas. Los mítines, concretamente, no formaron parte de la cultura política carlista hasta finales de la primera década del Novecientos. Los mítines, del signo político que fueren, constituyeron una de las más claras muestras de la transformación que trasladó la política de los círculos a la calle en la España de entre siglos.

Al mismo tiempo que se desarrollaban el conjunto anterior de actividades en el espacio urbano, el carlismo -sobre todo en Cataluña- organizó reuniones al aire libre en las afueras de los grandes núcleos de población o en pequeñas localidades, que recibieron el nombre de “aplecs”. Los aplecs, en tanto que fórmula evolucionada en lo político de las romerías, no fueron tampoco exclusivos de los carlistas. Los nacionalistas catalanes los celebraron también. Las llamadas “meriendas fraternales” de los seguidores de Alejandro Lerroux constituyeron la versión propia de este núcleo político. Los aplecs empezaron a celebrarse a fines de la primera década del siglo XX,

convirtiéndose en verdaderas fiestas populares que integraban un extenso conjunto de manifestaciones de identificación carlista. Como el Primero de Mayo o las modernas fiestas anuales de los partidos, los aplecs constituyeron unos lugares extensos y abiertos -ni propios, ni restrictivos, ni cotidianos, a diferencia de los círculos- de afirmación del “nosotros” carlista. De ahí su complementariedad con los centros tradicionalistas y las actividades urbanas, y también de ahí que en muchas ocasiones derivasen en abiertos enfrentamientos con núcleos de republicanos. Entre los aplecs celebrados entre finales de la primera década del Novecientos y principios de la segunda, sobresalió -junto a los de Canet, Montserrat o Balaguer, entre otros- el aplec de Viñolas, un pueblo de la montaña catalana próximo a Vic y Manlleu, que tuvo lugar el día 23 de junio de 1912. Este aplec, al que acudieron carlistas de Barcelona y de toda la montaña catalana, constituía un homenaje a Jerónimo Galcerán, un jefe carlista fallecido durante la Segunda guerra carlista. El aplec, en el que participaron hombres y mujeres, jóvenes y ancianos -la prensa carlista calculó la asistencia, de forma interesadamente exagerada, en 15.000 personas-, consistió en el desplazamiento desde la estación del tren hasta el lugar de la celebración en ordenada manifestación, a la que siguió la bendición de la cruz erigida en honor de Galcerán, una misa y sermón, un banquete, un mitin en la plaza del pueblo y, una vez finalizado éste, la vuelta de los participantes a sus casas. En la descripción que del acto realizaron los periodistas carlistas se destacaba, en especial, “el ambiente de entusiasmo que todo lo saturaba, los aplausos y vivas ardorosos que repetían el eco de las montañas regadas con la sangre de los que nos legaron su fe y su esperanza, como si también ellas quisieran adherirse al júbilo y regocijo de todo un pueblo; la palabra viril y convincente de nuestros oradores, el sonido armonioso de las músicas y de los clarines, el cuadro bello y encantador formado con tantísimas banderas y banderines, y, sobre todo, aquellos millares y millares de hijos de la Tradición cubriendo no pocos de ellos sus cabezas con la encarnada o blanca boina”⁴⁴. En estas frases aparecen los elementos fundamentales del acto de

⁴⁴ *Recuerdo del Aplech de Vinyolas. Álbum de Homenaje a Don Jerónimo Galcerán*, Barcelona, Biblioteca

identificación carlista: los aplausos y los vivas, el recuerdo de los combatientes muertos por la “causa” -esa “sangre de los que nos legaron su fe y su esperanza”-, la palabra y la música, las banderas y los banderines y, finalmente, las boinas. La profusión de banderas blancas y de boinas rojas coloreaba estos actos políticos.

Los aplecs, en definitiva, junto con los mítines, los banquetes, las manifestaciones o las actuaciones de los requetés, constituyeron los principales elementos de la apropiación del espacio público por parte de los carlistas a principios del siglo XX. La definición del espacio propio, es decir del lugar de sociabilidad e identificación carlista, a través de los círculos tradicionalistas, se vería desde entonces complementada por esta salida a la calle, a la plaza, al espacio público en fin de cuentas. La calle se convertiría en espacio político. Un proceso que introduciría modificaciones en las formas de sociabilidad y en las formas de identificación, pero que más generalmente transformaría las formas de la política. El carlismo mostró una notable capacidad de adaptación a los cambios, que consiguió combinar con el mantenimiento de planteamientos y estrategias tradicionales y tradicionalistas. Solamente desde este punto de vista puede explicarse la larga pervivencia de esta cultura política española a lo largo de los siglos XIX y XX.